

June 2021

Una historia que es y no es. Reseña de la frontera indómita

Lourdes Mazorra
Universidad Iberoamericana Puebla

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led>



Part of the [Language and Literacy Education Commons](#)

Recommended Citation

Mazorra, Lourdes (2021) "Una historia que es y no es. Reseña de la frontera indómita," *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir*. Vol. 1: Iss. 8, Article 6.

Available at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led/vol1/iss8/6>

This work is brought to you for free and open access by FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir* by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

UNA HISTORIA QUE ES Y NO ES. RESEÑA DE LA FRONTERA INDÓMITA.

Lourdes Mazorra¹⁹

Montes, Graciela.

La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético.

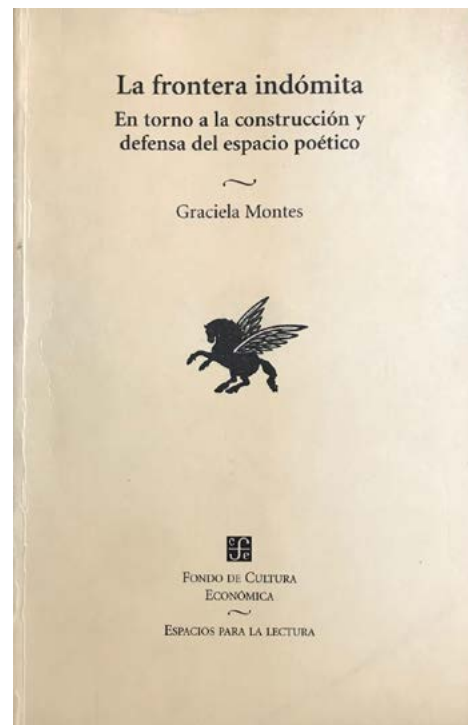
Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

2017. Digital.

Les voy a contar una historia que, como toda buena historia, es y no es. Esta empieza en la última frontera del mundo, donde Graciela Montes ha fundado la ciudad de las palabras indómitas, "la frontera de una ficción que es artificio y verdad al mismo tiempo" (p. 23). Después de recorrer varios lugares, descubrí la puerta hacia un mundo imaginario donde las nueces, como las historias, son y no son al mismo tiempo. Aquí permaneceré mientras tenga páginas por leer de *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético* (1999), el libro-universo de Graciela Montes, donde el individuo y el mundo se intersectan, el espacio poético se construye constantemente y la cultura se convierte en experiencia.

He comenzado mi historia haciendo alusión a uno de los ensayos de Montes presente en el libro, "Una nuez que es y no es", porque todo es posible en un mundo donde una nuez esté llena de agua y no de nuez; esté habitada por un isleño, quien queda sin protección al romperse la nuez; pero, sobre todo, porque estoy segura de poder encontrarla. Así que, como Scherezada, vivo cada línea –tal vez consiga estar aquí por más de mil noches– para ir descubriendo el decir de Graciela, hecho de una sustancia parecida al verde, palabras se despegan de las hojas y habitan en los márgenes, a veces saltan tan alto hasta verlas desaparecer en el cielo, a veces se estrellan al caer dejando un desorden de arrumacos, poemas y origamis.

Pero en esta historia no soy yo quien cuenta, sino quien lee a la autora argentina, en un libro desde donde nos ofrece habitar la ficción, erigida en el territorio del juego –el mismo del arte–



¹⁹ Escritora y periodista cubana. Estudiante de la Maestría en Literatura Aplicada en la Universidad Iberoamericana Puebla. Número de becaria Conacyt: 1081712. Correo electrónico: l.mazorra92@gmail.com

y cuyas reglas nos revela, para recorrer los secretos, infinitos e inescrutables caminos de la literatura. Porque, ¿acaso escritura y lectura no van de la mano? (*dame la mano y danzaremos, dame la mano y me amarás*, dice una hermosa poesía de Gabriela Mistral). Sí, lectura y escritura son también un juego a partir de ciertas reglas que las unen: un lugar y un tiempo propicios, el espacio en el tiempo, el propio tiempo del juego/arte (porque dentro de ese universo las horas son de otro orden, de una materia diferente), el caos como comienzo y a partir de allí construir un cosmos.

No es que el arte pueda asimilarse por completo al juego. Hay otras reglas, compromisos de otro tipo y una función que la sociedad ha venido perfilando a su modo a lo largo de la historia. Pero el recuerdo de las características y las condiciones de esas viejas excursiones a los mundos imaginarios pueden ser una manera más fresca, y menos prejuiciada, de responder a la pregunta en torno al arte. (Montes, p. 32)

En *La frontera indómita*, Graciela Montes –ante la crisis del don de la ficción– se propone recuperar el espacio poético y, siguiendo a Aristóteles, asume que solo lo conseguirá si se ubica en el filo entre lo real y lo imaginario, donde quien lee acepta las reglas de la ficción y contempla extasiado la maravilla de la literatura, al tiempo de construirse como lector, en un proceso en el cual no todo es disfrute y placer, sino también riesgo y esfuerzo. “Creo en la ficción. Creo que construir ese artefacto que es un cuento o una novela (o un cuadro o una cantata) en el vacío es un acto de libertad y de responsabilidad al mismo tiempo, acto profundamente humano, pleno de sentido” (Montes, p. 20).

Por eso, en esta historia de es y no es, como la nuez de Graciela Montes (llena de agua y no de nuez), solo manda el propio cuento, son sus reglas, las mismas seguidas por la autora y yo, les propongo asumir a ustedes estas reglas, porque solo así, mientras estén dentro de la lectura, podrán experimentar de qué está hecha esa felicidad impalpable proporcionada por la ficción (la gratuidad, el poderío, el construir un cosmos en el vacío).

Graciela Montes, en *La frontera indómita*, presenta y nos ayuda a responder un montón de preguntas (*¿Por qué hacer, leer y enseñar literatura? ¿Por qué insistir en que forme parte de nuestras vidas? ¿Dónde está esto que llamamos literatura y dónde debemos ponerla?*), y, de forma muy especial propone habitar una tercera zona donde confluyen los espacios objetivo y subjetivo, territorio autónomo habitado por la literatura y por cada lector decidido a aceptar el pacto, las reglas del juego, dispuesto a reconocer

fronteras maleables, donde residen regiones vitales de la experiencia humana.

Para Graciela, escribir y leer es ingresar en esa experiencia, defendernos de los achicadores de nuestra zona liberada (escolarización, mercado y frivolidad).

La literatura, como el arte en general, como la cultura, como toda marca humana, está instalada en esa frontera. Una frontera espesa, que contiene de todo, e independiente: que no pertenece al adentro, a las puras subjetividades, ni al afuera, el real o mundo objetivo (Montes, p. 46).

Para continuar haciendo de esta frontera ese espacio de construcción, creatividad y experiencia, la única condición es mantenerla indomable, abierta al universo de una ciudad posible, donde sus habitantes no se dejen amaestrar por una única función que le ha sido asignada a cada palabra cuando nacen: nombrar el mundo nombrado.

Para ser indómitas, las palabras deben ser y no ser, contener nuez y agua, gestos y sonidos, heredarse e independizarse, porque "la cultura heredada sólo es útil en tanto puede convertirse en cultura propia, es decir, en tanto puede ingresar a la propia frontera indómita. Y, para eso, tiene que convertirse en experiencia" (Montes, p. 48). Por esta razón, Graciela Montes insiste tanto en reconocer y recuperar la infancia como ese momento donde conviven extrañeza y naturalidad; no es propiamente un periodo biológico, sino un estadio construido a través de la escritura y reconstruido, una y otra vez, por medio de la lectura.

Así, recuperando el placer infantil de la lectura –sin caer en la consigna del "placer de leer"–, me adentro en *La frontera indómita*, porque he decidido dejarme sorprender, sobresaltarme con alguna voltereta, un salto, un estrellarse en mi cara, embarrarme de esa materia indómita de la ficción... Tal es el mapa propuesto por mí para llegar a la ciudad de las palabras indómitas de Graciela Montes, donde "el lenguaje, tan manso antes, se nos vuelve obstáculo, dibujo, presencia, se hace visible, olfateable, extraño. Se vuelve salvaje otra vez, primitivo, como en los viejos tiempos de la primera infancia cuando resultaba aventurero descubrirlo" (p. 62).

Ustedes me dirán «¡Pero qué historia tan extraña me has contado en esta reseña!» Y yo les respondo, queridos lectores, «¡Estaban advertidos!: esta, como la nuez llena de agua, es y no es una historia». Descubrir la dicha inmensa de habitar la última frontera

del mundo, donde las reglas no son comprar y vender, solo es posible si yo les ofrezco otras reglas, las de la ficción, y ustedes, cómplices, las aceptan, como quienes reciben un par de zapatos con huecos en las suelas, un tiovivo, una empanada, como si nada en el mundo fuera más importante que los pasitos de hormigas, como si más allá del siguiente salto, de la piedrita en la rayuela, no hubiera nada, absolutamente nada con mayor significado que el propio juego. Y eso es ingresar en la experiencia, ensanchar la frontera, fundar ciudades indómitas, no dejarse domesticar, digamos, volver a nacer, sin ser nombrados aún. Si han llegado hasta aquí, si sienten un verde palpitar en el pecho, algo he logrado. Complázcanme, entonces, y léanse *La frontera indómita*, de Graciela Montes. Déjense sorprender...



Artículo recibido: 14 de abril de 2021

Dictaminado: 29 de abril de 2021

Aceptado: 3 de mayo de 2021